

En una trampa

Jennifer Foster, *Mención de honor en el Simposio de Estudiantes, 2008*

Cuando me desperté, decidí limpiar un poco. El sitio estaba en caos, con trastos de pelusa y papel aquí y allí. Tan pronto como arreglé todo, me volví hacia mí mismo y puse cada pelo en su lugar. Iba a estar fuera todo el día haciendo unas diligencias y tuve ganas de morder algo, como siempre. Disfruté el ocuparme, aunque no había dormido muy bien anoche. Había soñado con mi madre, con la última vez que la vi viva, el mismo sueño de siempre...

Había visto primero la sangre, y entonces su cuerpo. Sentí horror al mirar las dolencias irreparables. Parecía que su lomo estaba roto y no podía decirme lo que había pasado. No sabía cómo se había arrastrado a la pequeña entrada que daba acceso a nuestro hogar. Ya que no había nada que pudiera hacer, solo nos habíamos mirado en los ojos hasta que estuve seguro de que ella había. ¡Me sentí tan impotente y solo en el mundo!

Me guardé los pensamientos sobre mi madre mientras corría por el largo pasillo. Me aseguré de que no hubiera peligro. Nunca es demasiado el tomar muchas precauciones. Mi primera tarea era conseguir algo de comer. No me gustaba comer en marcha, pero a veces es inevitable. Ya en casa olí pan fresco, muy cerca - ¡Perfecto! Me encantaba el pan en la mañana. Me dejé llevar por el olor y descubrí mi desayuno. Justo cuando hincaba el diente, el sonido fuerte de un ¡clic! me alarmó. No pude moverme suficiente rápido y la guillotina de plata me cayó con fuerza.

- ¡Mamá, mamá! ¡Ven aquí! – dijo la niña.
- ¿Otro? Increíble, hija.
- Te dije que les gusta más que solo queso.
- Tenías razón, hija, tenías razón.